

Panza de burro, Andrea Abreu

(Editorial Barret, 2020)

Esto es pa lluvia

La noche de San Juan mi abuela formó una fogalera gigante. La hizo en medio de la güerta y tenía varios metros de altura. La noche de San Juan no se podía respirar, porque todo el mundo quemaba la yerba seca que había acumulado en el año. A la manta de nubes que normalmente estaba acechando sobre el barrio se le sumaba la humasera y ya todo era como una masa blanca y pesada que se pegaba a la piel. Del cielo llovían papeles y trozos de gomas de los coches. Estaban abuela, tío Ovidio, mi padre y mi madre. Desde la azotea de abuela se podía ver todo el barrio lleno de puntitos de fuego. La aldoriñas estuvieron toda la tarde volando arrebatadas, chillando, mientras abuela y papi echaban los escombros que habían sobrado de construir cosas durante el año y toda la yerba que habían arrancado. Esto es pa lluvia, decía todo el tiempo tío Ovidio mirándolas volar descontroladas, esto es pa lluvia.

La fogalera que hicieron tenía un muñeco en el centro con los ojos pintados con rotulador y una gorra de la ferretería Los Dos Caminos. Papi cogió un palo viejo de fregona y le puso una ropa que antes era de abuelo: una camisa de rayas azules y blancas con un bolsillo grande, que a él le quedaba estrecha y que recuerdo que se le veía la barriga por fuera, redonda y grande como un bimbo, y unos pantalones de pinza negros que también eran de él. Cuando vi la ropa que le habían escogido me entró miedo, me entró miedo de si un día el abuelo quería dejar a la alemana y volvía pa cas abuela y le daba por buscar la ropa esa.

Ya cuando el cuerpo del muñeco era pura ceniza, empezaron a caer las primeras gotas. La lluvia de verano me daba mucha agonía. Al principio fue el sereno, y después las barranqueras de agua bajando por la carretera, los charcos dentro de los surcos. Abuela tenía las papas al fuego. Nos fuimos de la güerta ya cuando el agua había apagado las últimas llamitas. Mientras corría sentí que, aunque Isora y yo nos habíamos prometido que íbamos a hacer lo posible por conseguir que nos llevaran a la playa, eso no

iba a pasar. Ese verano todo el mundo estaba trabajando mucho. Mi padre decía que se estaban montando en el dólar y que por eso iba pal Sur hasta los domingos. Entramos en casa abuela. Había piñas asadas y mojo cilantro. Nos comimos las papas chineguas que habían cogido a principios de junio, cuando yo todavía estaba en el colegio. No me tocó cogerlas a mí porque el domingo que lo hicieron yo tenía que hacer un trabajo en una cartulina con Isora. No me gustaba nada coger papas. Había que levantarse temprano, ponerse los tenis y la ropa viejos. Pasábamos toda la mañana agachadas, abuela y yo y mi madre si no estaba limpiando casas rurales, cogiendo las papas detrás de mi padre y mis tíos, que las iban cavando. Abuela y yo teníamos que escogerlas a medida que avanzábamos y las poníamos en cubetas según si eran pequeñas o grandes.

(pp. 43-44)

iso_pinki_10@hotmail.com

Aquel verano Isora y yo nos apuntamos a clases de informática en el centro cultural. Nos apuntamos porque queríamos hablar por el mésinye, la verdad. Por las tardes no había ni un huequito en los ordenadores porque los kinkis ya se los habían cogido todos toditos los sitios y casi no se podía entrar, porque por cada chico que usaba un ordenador había tres mirando detrás. Con las clases de informática podíamos usar los ordenadores todo el tiempo que queríamos. Eran por la mañanita temprano los martes y los jueves y no hacía falta ir todas las veces porque el maestro no se enfadaba si faltábamos. Las madres mandaban a los niños chicos a las clases de informática para que aprendiesen a usar los ordenadores y por eso en las clases de informática estábamos Isora y yo y todos los demás eran niños y niñas pequeños que no tenían ni cuenta de mésinye. Nosotras íbamos a las clases de informática al noveleo, la verdad. Solo hacíamos como que atendíamos al maestro pero no aprendíamos nada. El maestro era un hombre que siempre tenía la camisa botones azul marina manchada de sudor, el pobrecito siempre se estaba guisando de calor hiciera el tiempo que hiciera y rebuznaba como un burro, oin oin qué calufa, decía, oin oin qué calufote. El maestro del ciber escupía cuando hablaba, era un poco

gordufu y le encantaba jugar al ajedrez y a las damas, a mi no me gustaba la gente que jugaba al ajedrez porque era un juego que no entendía y me hacía desconfiar. Lo que más le encantaba al maestro del cíber era ponernos a hacer cenefas de colores en el Word. Lo que menos le gustaba al maestro del cíber, eso lo sabíamos bien porque lo repetía todo el rato como una matraquilla, eran las trifulcas. Yo soy un hombre tranquileto, no me gustan los problemas, repetía. Era un hombre con mucha pacencia, como decía mi abuela. A pesar de que él sabía que Isora y yo poníamos una cenefa de mariquitas en el Word y ya nos metíamos derechitas en el mésinye, no nos decía nada y si nos veía con las ventanitas del mésinye abierto se hacía el que no se enteraba y continuaba explicando más cosas del Word. Hacía tiempo, cuando acababan de traer los ordenadores al centro cultural, allá por marzo de ese mismo año, una niña más grande que nosotras, Zuleyma, la hija de Antonio el del bar, nos hizo unas cuentas de mésinye a cada una de nosotras. Isora se la hizo el primer día. El segundo me lo hice yo, porque tuve que esperar a que mis padres volviesen de trabajar para preguntarles si me dejaban hacerme un mésinye y como volvían muy tarde casi me dejo dormir viendo la tele con abuela. Isora siempre hacía las cosas sin permiso porque la abuela no se enteraba de nada y porque no le importaba hacer cosas peligrosas sin que la gente grande lo supiese, porque ella era famosa y tenía una venta y a la gente famosa se lo perdonamos todo.

(pp.109-110)